

## *La construcción del infierno*

de

Francisco Prieto

Víctor García Salas

Son hoy marxianos y mañana nietzscheanos;  
tal vez superhombres al día siguiente;  
pero esclavos siempre. Y del choque de todas las  
filosofías una sola cosa se salva: la fábrica.  
Porque mientras la visión de los cielos esté cambiando,  
la de la tierra se mantendrá inalterable. Ningún  
ideal durará lo bastante para realizarse, siquiera  
en parte. Los jóvenes no tendrán tiempo de  
transformar su medio, porque siempre cambian  
de propósito.

G. K. Chesterton, *Ortodoxia*

Chesterton escribió su *Ortodoxia* en 1908 y, entre muchas otras cosas, dejaba claro que no puede existir salvación posible, progreso, sin un ideal fijo e inmutable. Sabemos todos lo que pasó después de esa fecha. Por lo demás, hay que tener ganas de ser verdaderamente ingenuos para creer, hoy en día, en el progreso: nefastas matanzas y guerras, violaciones impunes de los derechos humanos, desigualdad profunda, en todos los sentidos, violencia, hambre, desprecio a la diversidad cultural, al conocimiento, inestabilidad social, etcétera, etcétera; sin contar, además, que como diría Chomsky, estamos creando con nuestra inteligencia un asteroide que está dando pie a la sexta extinción. A fuerza de querer ser demasiado humanitarios, con el anuncio de la muerte de Dios por delante, hemos acabado por ser los peores enemigos de la especie humana, y del Planeta Tierra. Basta, pues, un poco de atención y de consciencia, como señalaba en otra parte, para darnos cuenta de que estamos a un paso de acompañar a Judas en la *Giudecca*. Y para no engañarnos pensando que esto no nos concierne, pues si eliminamos la parafernalia metafísica que encubre a dicho infierno, comenzaremos a reconocer en él fenómenos que están muy próximos a nosotros o dentro de nosotros, Francisco Prieto, muy en la línea de Chesterton, creo yo,

aparece en escena con *La construcción del infierno*. Una obra que se ocupa, como él mismo señala: “de los hombres y de las mujeres de aquí y ahora para quienes Dios ha muerto o está en proceso de extinción; para quienes todos los valores son relativos y, por lo mismo, serían incapaces de dar la vida por una creencia, pacifistas por impotencia”.

En este sentido, dice el propio Prieto, es una obra que “procura escandalizar ahora que nada escandaliza”. Un libro que busca profanar nuestro *statu quo* y “alertar a las conciencias cansadas sobre la construcción del infierno en la tierra: por qué y de qué manera”.

La obra la abre la sentencia que escribiera André Gide en su *Diario*: “Elegir es renunciar”. Y es que si algo “se contrapone al hombre y la mujer contemporáneos”, dice Francisco Prieto, “es precisamente ése: entrar por la puerta estrecha”. Olvidamos, recordando otra vez a Chesterton, que la anarquía total no sólo impide toda disciplina o fidelidad, sino que imposibilita todo capricho: si todo vale lo mismo, ya nada vale. Si todo es verdad nada es verdad, exclama Platón. Si nada es verdad, todo está permitido, proclama Nietzsche. No hay nada que hacer, la arbitrariedad en el pensamiento, recuerda Eduardo Nicol, tiene como consecuencia inefable la arbitrariedad en la acción. Y de todo esto lo único que se salva es la fábrica, o el gobierno impersonal de los grandes corporativos, diría hoy Prieto. Habiendo extraviado, pues, las bondades del sentido común, del equilibrio, de la proporcionalidad –que en el contexto mexicano ha profundizado notablemente Mauricio Beuchot con su *Hermenéutica analógica*– hemos dado vida y echado a andar en cada uno de nosotros a ese “hombre sin nombre”, sin identidad y raíces, indiferenciado, depredador, irredento y blasfemo que es el don Juan. Olvidando que ser sólo individuo es imposible, que la autosuficiencia, entendida de manera radical, no es más que una falacia que el sistema necesita predicar para desarrollarse y funcionar, hemos dado vida al Fausto. Dice Prieto: “Soberbios fueron don Juan y Fausto. Ambos desarraigados de toda nostridad. El uno es el fornicador que usa al prójimo para someterlo, para que le adore; el otro busca despojar al mundo de misterio y procura, así, convertirse en señor del universo”.

Ahora bien, en su obra, Francisco Prieto no deja pasar por alto el tema de la naturaleza humana; el peligro de la regionalización y los nuevos nacionalismos; el lenguaje, signo y significado; la cuestión de los derechos humanos. A este respecto, escribe Prieto: “Los derechos humanos se han vuelto parte de la mentalidad de los hombres actuales; la

consecuencia de ello es que la mayoría los tienen como referente sin saber ya de qué se trata”. Y no hay que asombrarse demasiado de esto, pues la evolución de los derechos ha llegado a grados tales que parece que poco tienen ya que ver con los asentados en 1789 o en la *Declaración universal de los derechos del hombre* de 1948. La dinámica que ha seguido la evolución de dichos derechos, particularmente a partir de la última década del Siglo XX, es la de la afirmación de nuevos derechos o la de una excesiva y extensiva interpretación de los antiguos hasta llegar a sentidos que estos no contemplaban en absoluto. Después de la afirmación de los derechos sexuales y reproductivos, cuyo fundamentos se asientan en las conferencias de El Cairo, 1994, y de Pekín, 1995, será el turno, decía Paolo Rudelli en una conferencia presentada en Rovereto, “La promoción de los derechos humanos en la acción internacional de la Santa Sede”, el 28 de julio de año en curso, “de la reinterpretación de la institución del matrimonio y del derecho a la vida familiar; luego, la relectura de los lazos de parentesco en clave puramente afectiva, en la óptica del primado de la voluntad sobre la ‘biología’; a continuación, el deseo de ser liberados también de la ‘esclavitud’ de la propia corporeidad, con la reivindicación del derecho a la identidad de género”. Esta evolución se ha asentado, por lo demás, en un pilar bastante discutible que es el principio de no discriminación. Pero el gran problema es que dichos derechos, ¿universales?, parecen cada vez más fruto de la cultura dominante occidental, fruto de una concepción del hombre y del mundo muy particular: del “triunfo de una concepción”, decía el mismo Paolo Rudelli, “cada vez más radicalmente individualista de la persona humana, que hace de la libertad del individuo un valor absoluto y el criterio soberano de valoración de todas las relaciones fundamentales –la generación, la familia, la sociedad– que la constituyen”. Y volvemos aquí al inicio de la obra de Francisco Prieto, a la primera página: “el hombre y la mujer contemporáneos no aceptan límites: lo quieren todo”. Si queremos, no recordemos ya lo que dice Chesterton sobre la anarquía total, pero el problema no es solamente ya el de poder garantizar semejantes derechos, sino que estos mismos se conviertan, como acaso comienza a suceder, en el nuevo campo de batalla entre diversas concepciones del hombre. La obra de Prieto da no pocas luces para afrontar este tema.

En una continuación ideal, partiendo sobre todo de la libertad individual como valor absoluto –los hombres contemporáneos no aceptan límites: lo quieren todo–, desligada de cualquier realidad que la preceda (la naturaleza humana, el cuerpo, la identidad sexual, la

familia, la sociedad, la cultura, etc.), Prieto afrontará de inmediato, en “Cuatro cuestiones de nuestro tiempo”, el tema del género, de lo femenino y de lo masculino; del desequilibrio en la interrelación naturaleza-cultura; del aborto y de la animalidad. Sobre esta última cuestión no pude evitar recordar a Joseph Roth cuando, en *La cripta de los Capuchinos*, escribe: “A mí no me gustan los animales, y menos todavía los hombres que aman a los animales. Siempre me ha parecido que los hombres que aman a los animales emplean en ellos una parte del amor que debieran dar a los seres humanos, y me di cuenta de lo justa que era esta apreciación cuando comprobé casualmente que los alemanes del Tercer Reich amaban a los perros lobos, a los pastores alemanes. ‘¡Pobres ovejas!’, me dije”. Seguramente Francisco Prieto no comparte plenamente esta apreciación, pues de inmediato se apresta a observar: “El amor a los animales enaltece al hombre, basta recordar la vida de san Francisco y el poema de Francis Jammes en que reza porque sus asnos alcancen el paraíso, lo cual es una experiencia poética en ese sentimiento compasivo”. Sin embargo, ante la preponderancia de las sociedades animalistas, en muchos casos francamente fundamentalistas, ante quienes exaltan la sobrevivencia del alma de los animales y afirman la comunicación existencial entre el hombre y la bestia, ante los hombres y mujeres que parecen cada vez más envidiar la vida animal, acaso por desconocer totalmente la vida interior, Francisco Prieto enciende las alarmas para señalar las implicaciones y lo peligroso que puede resultar un mundo animalizado.

La particular manera que tiene Prieto de afrontar estas cuestiones, especialmente aquellas límite que tienen que ver con la vida y la muerte como el aborto y la eutanasia, es de verás profunda e iluminadora. Ciertamente, lo hace desde un punto de partida muy concreto: desde la perspectiva de la fe religiosa, pero no exclusivamente, y además es desde una fe religiosa que busca el diálogo, con creyentes y no creyentes, la verdad. Después de todo, Prieto está consciente de que “Lo auténticamente humano es lo que cada quien hace con consciencia plena, lo que sigue a una deliberación que cuestiona los usos sociales que se le han impuesto, lo que le han hecho pensar, creer y hasta sentir los demás disfrazando incluso sus verdaderos sentimientos, ocultándolos, deformándolos”. En este sentido, Prieto no pasa por alto el tema de “La consciencia moral”, ya que como él mismo señala en este apartado, “no hay verdadera libertad desde la indiferencia”. No obstante, esto implica la construcción de un centro que nos provea de identidad y autenticidad –las obras y los

hechos de la existencia auténticas, dirá Prieto, son la antesala del paraíso–, “un núcleo en torno al cual pueda desplegarse, armónica y felizmente, la existencia”. Por desgracia, hoy, y desde hace ya varios años, subraya Paco Prieto, “en parte debido a los medios de comunicación colectiva pero también al debilitamiento de los sistemas de ideas y creencias, los seres humanos dejan, incluso, de plantearse y replantearse sus problemas, de avanzar juntos en la construcción del conocimiento”. El papel que tiene que ver en esto la educación no es menor, y así lo deja ver nuestro autor en este y en el siguiente apartado, “La escuela y la problemática de la fe religiosa en el Siglo XXI”.

Hemos adelantado ya que, en esta obra, Francisco Prieto parte de un sistema de ideas y creencias muy concreto: la fe religiosa, el cristianismo, lo que en estos momentos – momentos en los que nos enfrentamos al vacío de sentido que se extiende por doquier, al infierno, acaso porque como dijera Grabiél Zaid, en “Orígenes ignorados”, la modernidad no está muy consciente de sus orígenes cristianos y las iglesias no están muy conscientes de la importancia espiritual de la cultura– es de mucho agradecer. Es de mucho agradecer también porque “la religiosidad implica un compromiso absoluto al que debe subordinarse todo lo demás, desde la cual toman inspiración todas nuestras otras actividades que dan cuenta de nuestra persona”. Es el ideal fijo del que hablaba Chesterton, bastón de caminantes, y que alguien hable desde ahí, hoy, no es poca cosa. Pero Francisco Prieto no sólo hace esto, sino que, como lo indica su apartado número XI, “Hacia un replanteamiento del cristianismo”, busca también el sentido más profundo y esencial de éste, no olvidar que “como Él nos enseñó el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado; que la ley de Moisés es la ley pero hay que atender más al espíritu que a la letra de la misma y que todo se subordina a la caridad. La caridad procede de la fe que engendra la esperanza y en ella encuentra su sentido”. Recuerda Prieto que la religiosidad implica agonía, para que se salve lo que tiene que ser salvado, una lucha sin cuartel, tal vez principalmente para abatir la soberbia, “o sea, la negación del otro, el único pecado mortal”. Si queremos cambiar algo, reconstruir un sentido para la historia, de acuerdo con Francisco Prieto, no hay más camino que el de una apertura radical al otro, la construcción de la fraternidad desde las diferencias. En esta línea, en “Apéndice para católicos” –y con esto concluyo la invitación a esta obra, *La construcción del infierno*, que en nuestra desesperante situación me parece imprescindible–, escribe Paco Prieto: “Sobre todo,

vivimos en estos tiempos una disyuntiva: asumir el beso al leproso, luchar desde la caridad por una sociedad fraterna o desvivirnos en la construcción del infierno. Esta tiene una vía: el individualismo y la soberbia, o sea, la negación del otro. El beso al leproso es la violencia que el hombre y la mujer de calidad se hacen a sí mismos para proclamar, espontáneamente, un agradecimiento sin asideras a un Dios personal y creador”.